

sion, á que ellos se ven reducidos desde que fueron arrojados del cielo no hallan placer sino en lo mas sucio, nos llevan á todo género de torpezas y abominaciones. Y como su soberbia y su envidia hacen que su odio contra Dios y contra los hombres sea implacable, para quitar á Dios el honor y la obediencia que se le debe, y hacernos á nosotros participantes de la desdicha eterna á que ellos están condenados, nos vuelven fornicarios, adúlteros, afeminados, sodomitas, ladrones, avarientos, ébrios y maldicientes.<sup>1</sup> Esto quiere decir haber caído en cautiverio bajo el poder del diablo como cayó Adán. No tenemos que luchar contra la carne y la sangre, dice San Pablo, sino contra las potestades infernales,<sup>2</sup> contra los espíritus de maldad, que habitan en esos aires, nos rodean, nos tientan, nos seducen y nos asaltan á fuerza abierta para hacernos pecar mas y mas.

Pasaron pues á nosotros todas las calamidades de Adán: pasó pues á nosotros la culpa de su prevaricación: y para colmo de tantos males así como Adán quedó con el reato de condenacion á las penas eternas,<sup>3</sup> el mismo reato de condenacion tenemos nosotros,<sup>4</sup> si salimos de este mundo en pecado mortal, ó con solo el pecado original.

¡Que desdichados y miserables somos por nuestro primer Padre! ¡Cuanta felicidad perdimos por su culpa! Si él no hubiera pecado, hubieramos nacido inocentes, perfectos sin concupiscencia, sin inclinaciones viciosas en nuestra voluntad, iluminados por Dios interiormente, y pasaramos una vida tranquila, dichosa, inmortal: fuéramos señores de nuestras pasiones, tuvieramos en nuestra alma la justicia original, y una invariabilidad perfecta, sin que hubiera ni dentro, ni fuera de nosotros nada que no estuviera en un orden hermoso. Pero pecó Adán, y se perdió tan gran felicidad.

<sup>1</sup> 1. Cor. cap. 6. v. 9. y 10. —<sup>2</sup> Ephes. cap. 6. v. 12. —<sup>3</sup> Concil. Lugd. —<sup>4</sup> Concil. Florent.

Nacimos y nacen todos los hombres muertos en el alma, y condenados á sufrir la muerte del cuerpo, ignorantes, debiles para obrar lo bueno, inclinados á lo malo, y esclavos del diablo que hace que le sacrifiquemos el sosiego de nuestro corazon, y nuestra salud, y nuestro honor, y nuestra misma alma: esclavos del diablo que llena de tinieblas á nuestro entendimiento para que no veamos las excelencias y ventajas de la virtud, ni aspiremos á recobrar con los auxilios de Dios nuestra libertad y felicidad: y esclavos tambien del pecado y de nuestras pasiones y con el reato de condenacion eterna.

¿Y qué, no habrá en los consejos de Dios un remedio para estos males, y un camino por donde se nos vuelvan aquellos bienes?

Si hermanos, Dios prometió enviar al mundo un Redentor Divino. La vida eterna, que es la suma de todos aquellos bienes, le habia sido prometida á Adán, si se conservaba en la justicia original; mas habiendola perdido, y habiendose corrompido la naturaleza humana, solamente un Redentor que no participara de esa corrupcion, podia renovar al hombre, y conducirlo á la vida eterna, llevandolo con su gracia por el camino de la santidad y de la inocencia.<sup>1</sup>

## CAPITULO XVI.

### UN REDENTOR PROMETIDO.

Prometió Dios pues enviar al mundo este Redentor. El Símbolo de los Apóstoles dice: „CREO EN JESUCRISTO SU UNICO HIJO, SEÑOR NUESTRO QUE FUÉ CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO. Y NACIÓ DE SANTA MARIA VIRGEN PA-

<sup>1</sup> Scio. en el Psalmo. 18. v. 12.

DECIÓ BAJO DEL PODER DE PONCIO PILATO, FUÉ CRUCIFICADO, MUERTO Y SEPULTADO." Quiere decir esto que nuestro Señor Jesucristo es el Redentor que Dios prometió enviar. Dios infinitamente misericordioso no podia dejar al genero humano sin un socorro y un remedio para las grandes desdichas que le causó la culpa de Adan. Resolvió pues repararlo todo muy abundantemente por la Redencion de nuestro Señor Jesucristo. Así lo prometió desde el principio. Dijo á la serpiente, esto es, al diablo, que entró en el cuerpo de la serpiente, y habló á Eva para engañarla. Yo pondré enemistades entre tí y la muger, entre tu raza y la descendencia suya. Ella quebrantará tu cabeza. **ELLA QUEBRANTARÁ TU CABEZA** quiere decir: ella dará á luz un hijo Dios que destruya tu poder. ¡Promesa de infinito precio! ¡Promesa con que Dios anunció su infinita misericordia! El poder que el diablo adquirió sobre nosotros está en que nacemos esclavos de él. Todos por el pecado de Adan nacemos impuros ó hijos de ira, y por esto esclavos del diablo; y con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor, que vino ya, y por él en el bautismo renacemos con toda la pureza y candor que perdió Adan, renacemos hijos de Dios<sup>1</sup> y recibimos un perfecto derecho á la herencia de Dios, y recibimos tambien, el honor divino de ser templos vivos del mismo Dios. En el bautismo se nos limpia y se nos justifica, y se nos renueva interiormente sellandonos y ungiendonos con el Espiritu Santo. Todo esto hace la gracia del Redentor, y así destruye el poder que el diablo adquirió sobre nosotros, naciendo esclavos de él.

Ese poder funesto se afirma y se aumenta porque tambien nacemos esclavos del pecado y de nuestras pasiones, y debilitados en nuestras fuerzas para obrar el bien, con lo cual á toda hora estamos dispuestos para servir al dia-

1 Concil. Trident. ses. 5. no. 5. ses 6., cap. 7. Cath. Rom. pte. 3. cap. 11., no. 3.

blo obrando el mal. Y con aquellas palabras divinas *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor, que vino ya, y él nos hace libres del pecado y de nuestras pasiones con libertad verdadera que consiste en someternos voluntariamente á la Ley de Dios. Nuestro Señor Jesucristo que es el Redentor que vino ya, obró nuestra redencion, y con su virtud omnipotente nos dá fuerzas para obrar el bien, nos anima de una manera sobrenatural, y nos hace mas fuertes que el pecado y que nuestras pasiones.

Tambien se afirma y se aumenta el poder que el diablo adquirió sobre nosotros por la inclinacion al mal que quedó pegada en nuestra alma y en nuestra carne por la prevaricacion de Adan, con la cual inclinacion estamos siempre dispuestos á seguir al diablo obrando toda iniquidad. Y con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor que vino ya, y es nuestro Señor Jesucristo, el cual por la virtud de su redencion sana al alma de aquellos á quienes justifica de esa inclinacion al mal; <sup>1</sup> y aunque no sana á la carne, aunque queda siempre pegada á la carne esa inclinacion al mal; queda para que triunfemos de ella, queda para nuestro ejercicio y mayor corona, queda para que cojamos frutos mas abundantes y alcanzemos premios mas subidos de gloria. Por consiguiente esa inclinacion al mal que siempre está pegada en nuestra carne para mientras vivamos en este mundo, no puede dañar á los que no consienten, sino que luchan y la resisten y alcanzan victoria con la gracia del Redentor. <sup>2</sup>

El poder que el diablo adquirió sobre nosotros tambien está en la muerte de que es capaz nuestra alma. Adan y todos sus descendientes con sufrir la pena de ser privados de la justicia, de la gracia y de la amistad de Dios que son la vida del alma, caimos en poder del diablo, porque

1. Catech. Rom. part. 4. cap. 12. nú. 10. — 2. Concil. Trident. ses. 5. nú. 5. Catech. Rom. part. 2. números. 43. 48 y 49.

muerta nuestra alma con la muerte de que ella es capaz, que consiste en perder la vida de la gracia, no podemos hacer buenas obras, que nos merezcan la salvacion, y si malas, lo cual es estar en poder del diablo. Y con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor que nos vuelva la justicia, la gracia, y la amistad de Dios, <sup>1</sup> que son la vida del alma, vida con la que se hacen buenas obras que merecen la salvacion; y las buenas obras que merecen la salvacion nos sacan del poder del diablo.

El fin que el diablo se propuso venciendo al primer hombre fué el decreto de nuestra condenacion. Todos por el pecado de Adan caimos en cautiverio bajo el poder del diablo con habernos hecho merecedores de condenacion á la carcel del infierno, donde el diablo es el ministro y ejecutor puesto por el Juez Supremo, que es Dios. Y con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor, para que borre eternamente el decreto de nuestra condenacion, y lo quite de el medio, y lo rasgue clavandolo en su cruz. Todos fuimos condenados en el juicio de Dios por un solo pecado; y con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor, que nos justifique por su gracia despues de muchos pecados: un Redentor que derrame muy copiosamente sobre nosotros sus dones y misericordias. <sup>2</sup>

Ultimamente triunfo del diablo es la muerte que separa á nuestra alma de nuestro cuerpo. Incurriendo en la pena, por la cual nuestros cuerpos quedaron sujetos á la muerte, caimos en cautiverio bajo el poder del diablo que quedó con el imperio de la muerte. Mas con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor para destruir con su muerte al príncipe de la muerte, es decir, al diablo, y libertarnos á nosotros los hom-

<sup>1</sup> Galat. cap. 4. —<sup>2</sup> Rom. cap. 15. v. 15 y 6.

bres, para que el temor de la muerte no nos tenga en servidumbre toda la vida, porque muriendo por nosotros el Redentor, la muerte de nuestro cuerpo es un sueño dulce y apacible en que entramos con la firme esperanza de que despertaremos de él algun dia para ser enteramente glorificados. *Ut per mortem destrueret eum, qui habebat mortis imperium, id est, diabolum: et liberaret eos, qui timore mortis per totam vitam obnoxii erant servituti.* <sup>3</sup> Con aquellas palabras *Ella quebrantará tu cabeza* es prometido un Redentor que ha de dar vida eterna á nuestros cuerpos, que ahora son mortales. Vino ese Redentor, y en esta vida, aun despues de justificados por su gracia, nos queda la muerte del cuerpo con todas sus miserias; la justicia de Dios quiso dejar estas penas temporales del pecado de Adan; pero al fin se ha de manifestar en nosotros todo el poder del Redentor, toda la gloria de hijos de Dios, nos hemos de ver libres de la muerte y de todas las miserias de esta vida; ha de llegar el dia de recibir el complemento de la adopcion divina, y será cuando el Redentor resucite á nuestros cuerpos. La muerte de nuestros cuerpos será el último enemigo destruido por el Redentor. Despues de morir en Adan, resucitarémos en nuestro Señor Jesucristo y resucitarémos en un estado incorruptible para poseer la herencia incorruptible. Resucitarémos gloriosos y llenos de vigor. Nuestro cuerpo será como un cuerpo espiritual, esto es, no solo vivo, sino lleno de un espíritu vivificante como si fuera celestial: sin necesidad de alimento, impasible, é inmortal, mudada toda esta flaqueza y fragilidad terrena que ahora tenemos en una celestial inmutabilidad. <sup>3</sup> He aquí yo hago nuevas todas las cosas, <sup>3</sup> dirá el Divino Redentor, y quedará acabada su obra misericordiosísima.

<sup>1</sup> Heb. cap. 2. vv. 14. 15. —<sup>2</sup> Rom. cap. 8. vv. 19. 20. 21. I. ad Corinth. cap. 15. vv. 22. 55. —<sup>3</sup> Apoc. cap. 21. vv. 4. 5.

No digamos pues ¡qué desdichados y miserables somos por nuestro primer Padre! Si no así: ¡qué desdichados y miserables fuéramos por nuestro primer Padre sin la Redención de nuestro Señor Jesucristo! Y para que lo digamos mejor, en pocas palabras pongámoslo á nuestra vista todo junto: lo que fué el hombre cuando salió de las manos de Dios: lo que vino á ser por el pecado; y lo que obra, y lo que todavía tiene que obrar en él la Redención de nuestro Señor Jesucristo. El hombre fué imagen de Dios: su ser inmortal, la sabiduría de su entendimiento, y su amor puro y recto, ó santidad de su corazón lo hicieron semejante á Dios. Esto fué el hombre. Desobedeció á su Criador y Señor, y se desfiguró enteramente: su ser quedó medio borrado quedando su alma privada de la vida de la gracia, vida sobrenatural y divina, y su cuerpo sujeto á la muerte para convertirse en polvo: á la sabiduría de su entendimiento se substituyó el error: y á su amor puro y recto ó santidad de su corazón, le siguieron las desordenadas pasiones y el amor impuro. De imagen y representante que era de Dios para gozar de toda felicidad aquí y en la eternidad, se envileció hasta quedar esclavo del diablo, y se perdió hasta quedar destinado al infierno; esto vino á ser el hombre por el pecado.

Veamos ahora lo que obra y lo que todavía tiene que obrar en él la Redención. Nuestro Señor Jesucristo iluminándolo con la fé, purifica del error á su entendimiento, y lo hace luz en el Señor; <sup>1</sup> luz que en el cielo será plena: y dándole fuerzas para obrar el bien, y haciéndole conocer la verdad, lo hace verdaderamente libre, y capaz de resistir al diablo: *et cognoscetis, et veritatem liberabit vos*: <sup>2</sup> y borrando enteramente el decreto de su condenación, lo libra del infierno: <sup>3</sup> y derramando en su cora-

<sup>1</sup> Ephes. cap. 5. v. 8. Philip. cap. 2 v. 13. —<sup>2</sup> I. Cor. cap. 15. v. 10. Isai. cap. 61. v. 1. —<sup>3</sup> Colos. cap. 2, v. 14.

zon la caridad de Dios lo renueva interiormente, le dá una vida divina, y le vuelve su primitiva justicia y santidad: vida, justicia y santidad que en el cielo serán consumadas: y resucitándolo en el último día, le dará á todo su ser una existencia inmortal y eterna. Ved ya restauradas las perfecciones que hicieron al hombre imagen de Dios. Ved en el hombre otra vez toda la dignidad, belleza y excelencia de su origen; aquella dignidad de un ser inmortal, dignidad que lo asemejó á Dios Padre: aquella belleza de una alma adornada de sabiduría, belleza que lo asemejó á Dios Hijo: y aquella excelencia de un corazón lleno de santidad, excelencia que lo asemejó á Dios Espíritu Santo. Ved al hombre renovado segun la imagen del mismo Dios que lo crió. <sup>1</sup>

Pues todo esto se encierra en aquellas palabras divinas, *Ella quebrantará tu cabaza.*

Los Profetas, hombres inspirados de Dios, repitieron despues en el curso de los siglos esta divina promesa, y decian: „¡Cielos, enviad el rocío de lo alto, y las nubes lluevan al Redentor: abrase la tierra y brote al Redentor, y la justicia nazca con él: enviad, Ó Dios al Dominador de la tierra!”

Es de entenderse que Adán lleno de fé, de aquella fé, que lo hizo penitente, que lo justificó y salvó, esclamaría de la misma manera: ¡O Redentor Omnipotente, que has de precipitar al diablo, y á sus potestades infernales, y á la muerte á los mas profundos abismos, yo te invoco! ¡O Redentor divino, que nos has de dar derecho de tener parte en la herencia de tu gloria, y nos has de hacer participantes de tus resplandores, yo clamo á tí! ¡O Redentor Santo, elevado sobre los mismos cielos, que te has de hacer hombre y cabeza de una familia compuesta de muchos hermanos, ten misericordia de mí! ¡Redentor del

<sup>1</sup> Colos. cap. 3. v. 10.

mundo que nos has de hacer hijos adoptivos de Dios, que no sea yo objeto eterno de tu aborrecimiento! ¡Quién subiera al cielo para traer de lo alto al Redentor!

Pero el Redentor vino ya, y el abismo de males en que cayó el mundo por el pecado de Adán, permanece, y es este: adulterio, fornicación, impureza, deshonestidad, lujuria, enemistades, disensiones, animosidades, riñas, divisiones, heregías, envidias, homicidios, embriagueces, glotonerías, y otros delitos semejantes.<sup>1</sup>

Es verdad, permanece el abismo de males en que cayó el mundo por el pecado de Adán; pero no en todos los hombres. Dios por los meritos del Redentor concede sus gracias á cuantos quieren recibirlas; y para esto todo es reconciliación con Dios, perdon de los pecados, justicia, gracia, dones del Espíritu Santo, paz del hombre con sus prógimos, paz del hombre consigo mismo y salud eterna. Dios á los que no resisten á sus gracias los ilumina con la fé por los meritos del Redentor, y hace que conciban esperanza de que les perdonará sus pecados por los mismos meritos del Redentor, y hace que lo comiencen á amar; y luego les dá la gracia de la justificación, que es el perdon de los pecados y la santificación y renovación interior del alma. Por el perdon de los pecados Dios no se acuerda mas de ellos:<sup>2</sup> y por la santificación y renovación interior del alma Dios la sella y la unge con el Espíritu Santo,<sup>3</sup> y pone en ella una cualidad sobrenatural y de condición divina como si fuera otra alma, como si fuera una alma divina:<sup>4</sup> y de esa unción del Espíritu Santo, de esa cualidad sobrenatural y de condición divina que Dios pone en la sustancia<sup>5</sup> misma del alma, de esa santificación que el Espíritu Santo reparte en cada uno segun su propia disposición y coo-

<sup>1</sup> Galat. cap. 5. vv. 19, 20, 21. — <sup>2</sup> Isai cap. 53. v. 25. — <sup>3</sup> Jerem. cap. 31. v. 34. — <sup>4</sup> Concil. Trident. ses. 6. cap. 7. — <sup>5</sup> Dom. in Palmis. en la bendición.

peración, y segun la medida que el mismo Espíritu Santo quiere, manan fuerzas sobrenaturales para hacer buenas obras y librarse de aquel abismo de males: adulterio, impureza, deshonestidad, riñas, homicidios, embriagueces y otros delitos: y manan tambien aumentos de fé, de esperanza y de caridad, y vienen la sabiduría, el entendimiento, el gozo espirital, la paz interior, la mansedumbre, la castidad y todos los dones del cielo: y de injustos que eran los hombres pasan á ser justos, y de enemigos que eran de Dios vienen á ser sus amigos: una vida toda de Dios viene á ser para el hombre la santificación y renovación interior de su alma. Los que se unen á nuestro Señor Jesucristo por la fé y por el amor como miembros vivos de su cuerpo místico tienen vida espiritual, movimiento, fuerza y virtud para hacer buenas obras y ejercitarse en ellas; y nuestro Señor Jesucristo los acerca á Dios, los hace conciudadanos de los Santos,<sup>1</sup> y domésticos de la casa de Dios. Conque no en todos los hombres se ve el abismo de males en que cayó el mundo por el pecado de Adán.

En los que siguen la vanidad de sus pensamientos y tienen el entendimiento lleno de las tinieblas del error y viven sin remordimientos, abandonados á todo lo obscuro, torpe y nefando, y se sumergen con ardor insaciable en toda suerte de impurezas,<sup>2</sup> en esos si ejerce el príncipe de los demonios todo su imperio, y corren sin freno que pueda contenerlos en un camino que termina en la perdición y muerte eterna.

Mas los que dejando la ilusión de las pasiones, siguen en todo la justicia, se defienden de la tiranía del diablo para lo cual se revisten de las armas de Dios. Estas armas son la fé, que sirve como de un escudo para rechazar y apagar todos los dardos inflamados, que los espiri-

<sup>1</sup> Ephes. cap. 2. vv. 4. 19. — <sup>2</sup> Ephes. cap. 4. vv. 17. 18. 19.

tus malignos envían para encender el fuego de la impureza, de la ira, de la venganza y de todas las pasiones: <sup>1</sup> estas armas son la esperanza y la oración, invocando á Dios en todo tiempo, y la palabra de Dios que nos hace conocer nuestras necesidades y peligros, y es una espada de dos filos para vencer á esos enemigos. <sup>2</sup>

Revestidos de estas armas de Dios los que andan como conviene á la dignidad de miembros vivos del cuerpo místico de nuestro Señor Jesucristo desempeñan todos los deberes de la vida cristiana con sencillez y muy lejos de toda ficción y mentira, con pureza en sus acciones y palabras, siempre consagrados á Dios y á su servicio, ejercitándose todas las virtudes según los tiempos y las circunstancias, dando á cada uno lo que le es debido, irreprochables, amables y dignos de toda alabanza, porque todo lo que es verdadero y sincero, todo lo que es honesto, todo lo que es justo, todo lo que es santo, todo lo que es de edificación y buen olor, todo lo que es loable en el arreglo de las costumbres es la materia de sus pensamientos. <sup>3</sup> Luego no en todos los hombres se ve el abismo de males en que cayó el mundo por el pecado de Adán.

Esto es una cosa incontestable *servi estis cui obedistis*, <sup>4</sup> somos siervos de aquel á cuya potestad nos queremos sujetar. Nos queremos sujetar á la potestad del diablo cometiendo el pecado, somos siervos del diablo, y empleamos nuestros miembros para servir á la inmundicia, y á la iniquidad, y para cometer toda suerte de maldad. Y bajo la servidumbre del diablo, cada día más envilecidos por el hábito mismo del pecado somos arrastrados á consentir en todo lo malo, por más que lo repugnen las claras luces de la razón: y el diablo cada día con más grandes fuerzas como un tirano cuyas miras tienden todas á

<sup>1</sup> Ephes. cap. 6. vv. 11. 17. 18. —<sup>2</sup> 1. ad. Thes. cap. 5. v. 8. —<sup>3</sup> Philip. cap. 4. vv. 8. 9. —<sup>4</sup> Rom. cap. 6. vv. 16. 19. 20.

acrecentar sin moderación alguna y por cualquier camino su terrible poder; y el pecado creciendo sin medida y presentándose por todas partes victorioso, fortifica al diablo para que siempre sea señor de los hombres. Pero esto es en los que quieren sujetarse á la potestad del diablo; en los que no, es otra cosa. En los que sirven á la justicia y á Dios cumpliendo los divinos mandamientos por la gracia del Espíritu Santo, hay fuerzas para vencer al diablo, á la concupiscencia y al pecado. Es verdad que aun estos que sirven á la justicia y á Dios están siempre combatidos de las sugestiones y apetitos de la carne que hacen por arrastrar á lo malo, y llevan en sí mismos una fuente funesta de malos deseos, y una inclinación corrompida, y no sin dificultad obedecen á la Ley de Dios, y resisten el pecado; pero también es cierto que la gracia que es causa y principio de vida los libra del dominio del diablo, de la concupiscencia y del pecado. <sup>1</sup> No están enteramente desatados y sueltos de los lazos del pecado, y son siempre siervos del pecado según la carne por causa de la original corrupción, siervos no voluntarios, sino queriendo sacudir el injusto dominio del pecado, y suspirando ansiosamente por la perfecta libertad, porque en ellos se hacen por la concupiscencia movimientos que ellos aborrecen y la concupiscencia despierta en ellos continuamente afectos pecaminosos, de los cuales con toda su voluntad desean conservarse libres; pero con la gracia del Redentor pueden reprimir á la concupiscencia y librarse del demonio y del pecado. Ni siempre hacen el bien los que se dedican á servir á la justicia y á Dios, ó si lo hacen, no siempre lo hacen perfectamente; y algunas veces obran el mal, al menos con una acción imperfecta; y no siempre pueden refrenar los movimientos de la concupiscencia porque es cosa muy ardua y difícil, mucho

<sup>1</sup> Joann. cap. 6. v. 64. Rom. 8. 1. 7. 14.

menos quitarlos porque es imposible: pero desean con toda su voluntad conservarse libres de afectos pecaminosos y hacer constantemente el bien, y no querer el mal, sino odiarlo.

La concupiscencia es una justa pena impuesta por Dios al pecador. Justa pena es que habiendo desobedecido el hombre á su Criador, la parte inferior del hombre que es la carne, no obedezca á la superior, que es el espíritu. Esta desobediencia ó rebelion que se llama concupiscencia, se llama tambien Ley que está en nuestros miembros, y bajo el poder de esta ley fué dejado el hombre por justo juicio de Dios. Por esta ley no le es tan fácil hacer el bien como quererlo. Para hacer el bien se encuentra con un enemigo que está siempre sobre él, que lo sigue á todas partes, y lo incita al pecado. Se deleita en la ley de Dios; mas siente en sus miembros una ley dura que hace esfuerzos continuamente para sujetarlo al pecado; ley dura que resiste á la razon y á los conocimientos naturales de lo justo y de lo honesto. De aqui el combate interior que hay en el hombre, aun justificado; y por este combate interior claramente aparece que no está en perfecta libertad, sino que la concupiscencia obra en él como si no estuviese justificado, sino que fuera todavía esclavo del pecado. Pero el Redentor lo librará de esta ley dura: quitará de su cuerpo toda corrupción pasándolo á la inmortalidad y á la bienaventuranza; lo cual hará en el último dia.<sup>1</sup> Por ahora agravados con nuestra mortalidad, y con nuestra ignorancia, y concupiscencia nos hallamos pesados y débiles para obrar el bien, y tentados para obrar el mal; pero fieles es Dios, y si nosotros le somos fieles, no nos abandonará en las tentaciones,<sup>2</sup> sino que nos dará el auxilio que ha

<sup>1</sup> Rom. cap. 7. vv. 15. 17. 18. 21. 22. 23. 24. 25. cap. 8. v. 26.  
—<sup>2</sup> I. Cor. cap. 10. v. 13.

prometido, y no permitirá que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas, antes hará que saquemos provecho de la misma tentacion. Dios, es verdad, permite que el demonio nos tienta, pero al mismo tiempo nos dá acrecentamientos de gracia para que las tentaciones no vengan á ser para nosotros sino ejercicio de virtudes y mayor corona. Por ahora la carne siempre ha de tener deseos contrarios á los del espíritu,<sup>1</sup> y el espíritu los ha de tener contrarios á los de la carne: uno al otro se han de oponer aun en el hombre justo: y por este combate no siempre hace el hombre justo todo lo bueno que quiere. El Espíritu Santo que habita en él le inspira deseos de lo bueno: la concupiscencia que siempre está pegada á su carne lo induce á lo malo. De aqui resulta en el alma del justo una lucha de deseos contrarios, y sucede frecuentemente que no hace el bien que desea; y si vencen los deseos de la concupiscencia, cae el hombre justo obrando el mal que repugna. Mas cuando vuelve en sí, y se arrepiente y enmienda, sus anteriores buenas obras, que por su caída se volvieron infructuosas, quedando amortiguadas, reviven por su arrepentimiento y penitencia, y él sirve á Dios con alegría y con mas grande fervor.<sup>2</sup> Luego no en todos los hombres permanece el abismo de males en que cayó el mundo por el pecado de Adan.

Fué voluntad del Padre que por nuestro Señor Jesucristo se obrase la reconciliacion de todas las cosas con Dios, borrando nuestro Señor Jesucristo por medio de su sangre en la cruz las enemistades que habia entre el cielo y la tierra. El fin de esta reconciliacion es hacer á los hombres santos, puros é irreprochables;<sup>3</sup> y aunque es verdad que los mas hacen inútil para ellos el beneficio que nos hizo nuestro Señor Jesucristo de reconciliarnos

<sup>1</sup> Galat. cap. 5. v. 17. —<sup>2</sup> Galat. cap. 3. v. 4. Paráphras. —<sup>3</sup> Coloss. cap. 1. vv. 15. 22.

con Dios; muchos, hechos justos por la gracia de Dios, y unidos á nuestro Señor Jesucristo por medio de la fé y del amor, viven para Dios, teniendo por regla de sus acciones la voluntad de Dios, y ordenándolo todo á su gloria. Hechos nuevas criaturas, se apartan del pecado, abjuran sus errores, renuncian á sus afectos carnales, sirven á Dios con un corazon nuevo, y procuran con teson serle agradables; y Dios los colma de insignes beneficios: de ciencia, de mansedumbre, de suavidad, de caridad no fingida, y de gozo por el testimonio de la buena conciencia; <sup>1</sup> y les declara que quiere que sean sus templos vivos para habitar en sus corazones; que quiere morar en ellos y andar entre ellos, y ser el Dios de ellos, y que ellos sean su pueblo: les declara que quiere ser su Padre y que ellos sean sus hijos y sus hijas. <sup>2</sup> Y ellos, conocida la voluntad que Dios tiene de habitar en ellos como en un templo vivo; y que para esto deben limpiarse de toda contaminacion de carne y de espíritu, de los pecados del cuerpo que son la lujuria y la gula; y de los pecados de espíritu, que son la soberbia, la avaricia, la ira, y la envidia, procuran adelantarse todos los días en santidad lo cual se consigue viviendo en temor de Dios. Y teniendo puros sus corazones, teniendo fé y caridad perfecta, sus almas se desposan con nuestro Señor Jesucristo, y reciben de él los regalos del Esposo. Los regalos que dá en dote nuestro Señor Jesucristo á las almas que con él se desposan por medio de la fé y de la caridad, son los dones del Espíritu Santo: <sup>3</sup> entendimiento para comprender las verdades que miran á Dios y á la salvacion: sabiduría para juzgar bien de ellas; consejo para consultar las cosas á Dios mas gratas: ciencia para elegir bien en lo consultado, piedad, temor, y fortaleza para servir á Dios. Y los

<sup>1</sup> II. Cor. cap. 5. vv. 15. 17. cap. 6. vv. 1. 2. —<sup>2</sup> Ibi. cap. 6. vv. 16. 18. —<sup>3</sup> II. Corint. cap. 12. v. 19.

frutos dulcísimos y provechosísimos de estos dones son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fé, modestia, continencia y castidad. <sup>1</sup>

Conque el abismo de males en que cayó el mundo por el pecado de Adan, no en todos se vé.

Pero todo esto, comenzando desde el pecado original, es una fábula, dicen los filósofos.

¡Oh! Qué decir tan miserable por no confesar una doctrina tan antigüa, tan seguida, tan consecuenta, tan conexa, y al mismo tiempo tan elevada como la excelencia en que fué criado Adan, y su caída y la ruina de todo el género humano contenido en su cabeza, principio, tronco y raíz que no obedeció un precepto que se le impuso para que reconociera á Dios por su Señor, reconocimiento que obligaba á todos los hombres que habian de descender de él, y que por eso el precepto los miraba á todos en él, y luego despues de la caída de Adan y ruina de todo el género humano la promesa de un Redentor divino, llamar á todo esto una fábula ¡qué decir tan miserable! ¡Pues Moisés que lo refiere no probó que era enviado de Dios? ¡Pues Dios no hizo milagros por mano de Moisés? Un acto del poder de Dios que con gloria conmueve á la naturaleza, esto es un milagro. Cuando Dios muda la naturaleza de improvisó y con ostentacion de su poder, le dice que hace un milagro, ¿y habia de hacer Dios ostentacion de su poder para autorizar á un impostor?

Acabará de decir cuanto importan aquellas palabras de Dios *Ella quebrantará tu cabeza*

Con ellas prometió Dios, un Redentor grande, elevado en toda perfeccion y virtud divina; un Redentor Santo, inocente, inmaculado, esento y libre de toda mancha de pecado; en todo semejante á los hombres, pero no del

<sup>1</sup> Galat. cap. 5. vv. 6. 22. 23.



número de los pecadores, para que se ofreciera á Dios, no por pecados propios sino por los pecados de los demas hombres, y satisficiera á Dios por ellos; un Redentor ensalzado por su propia dignidad sobre todas las cosas criadas, y sobre los mismos cielos; un Redentor que siendo hombre para que se compadeciera de los hombres, y pudiera padecer por ellos, fuera tambien Dios, para que diera á los méritos de su pasion un valor capaz de salvar á todos los hombres,<sup>1</sup> capaz de espiar los pecados de todos, y satisfacer á la justicia de Dios por ellos.

Con este plan divino, concebido allá en el cielo, aunque por el pecado de Adan habia caido sobre él; y sobre todos sus descendientes una pena de muerte con mil miserias y una pena de condenacion al infierno, y quedaba perdida para todos la justicia y santidad en que Adan habia sido criado; un Redentor tal como se proponia Dios en su mente divina volveria á las almas la justicia y santidad, y les abriria la entrada en el reino de los cielos, y á los cuerpos los resucitaria al fin de los siglos. Este fué el plan que se propuso Dios, y dispuso enviar dos veces al Redentor, la primera á satisfacer á la justicia divina, y sacar á las almas del cautiverio del diablo, y abrirles las puertas del cielo: y la segunda á resucitar á los muertos. Dispuso tambien Dios que en la primera vez el Redentor habia de venir encubriendo la gloria de su Divinidad, y que para que se le reconociera, hombres iluminados con la luz del Espíritu Santo habian de anunciar con anticipacion de muchos siglos todas las circunstancias que se habian de ver en él. Y quiso Dios que para que la obra grande de satisfacer á la divina justicia y sacar á las almas del cautiverio del diablo, fuera digna del Redentor, no solo habia de satisfacer por los hombres el Redentor, sino que tambien les habia de dar virtud para que ellos por su parte satisficieran á Dios con él:

<sup>1</sup> Hebr. cap. 2. vv. 17. 18. cap. 4. vv. 14. 15. cap. 7. vv. 26. 27.

y que no solo habia de sacar á las almas del cautiverio del diablo, sino que les habia de dar fuerzas para vencer ellas tambien al diablo: y que sin hacer esto los hombres por su parte, no habian de lograr los frutos de la redencion. Así lo quiso Dios, y muy justamente, porque la gloria del Redentor debia exigir que su redencion apareciera tan ilustre y tan copiosa, que no solo satisficiera él por los hombres, sino que tambien los hiciera capaces de satisfacer ellos con él, haciendo que sus buenas obras despues de justificados por su gracia, fueran de mucho valor delante de Dios: y que no solo él se dejara ver revestido de poder divino para vencer al diablo; sino que los hombres, revestidos de su gracia tuvieran ese poder divino para vencer ellos tambien al diablo.

Entró ademas en el plan que se propuso Dios, el que los medios de que se valiera el Redentor para justificar á los hombres, fueran la fé y los Sacramentos: y que para la predicacion de la fé y administracion de los sacramentos, y para que se diera á Dios el culto interior y exterior que es consecuencia del conocimiento sobrenatural de Dios que da la fé, el Redentor habia de establecer una sociedad regida por muchos pastores, y estos bajo la direccion de un primer pastor para que la fé siempre fuera una, y unos los Sacramentos, y uno el cuerpo que formaran todos los fieles animados de la caridad: y que esta sociedad con sus pastores, y ministros, y altares y templos durara hasta la segunda venida del Redentor. Entró ademas en el plan que se propuso Dios, el que redimidas las almas, el Redentor no sanara á los cuerpos ni de la concupiscencia, ni de la mortalidad, sino que gimieran los descendientes de Adan esperando la redencion de sus cuerpos. Estos fueron los designios que Dios concibió cuando dijo, al diablo, *Ella quebrantará tu cabeza*, designios que se han venido desenvolviendo en el curso de los siglos: cuando llegue el último dia la obra de

la redencion quedará acabada: el Redentor despeñará á la muerte para siempre y entraremos todos á la eternidad.<sup>1</sup>

Hagamos esta reflexion: habiendo prometido Dios enviar un Redentor para que salvara á los hombres de todas las desgracias que trajo la prévaricacion de Adan, es evidente, que si esa promesa no fué una cosa inútil, sin la fé de esa promesa, esto es, sin la fé en el Redentor que se esperaba, nadie pudo salvarse. De la misma manera: si el Redentor prometido fué ya enviado, es evidente, que si el cumplimiento de esa promesa no ha sido una cosa inútil, sin la fé en ese Redentor que vino ya, nadie puede salvarse. Esto es, solo la fé viva pudo unir á los hombres á ese Redentor, cuando estaba para venir y para salvarse por él.<sup>2</sup> Y despues que vino, solo la fé viva puede unimos á ese Redentor para salvarnos por él. No hubo antes que viniera, ni hay despues que vino otro medio de salvacion que la fé viva en ese Redentor, porque él no es una cosa inútil, ni murió en vano.<sup>3</sup> Lo cual quiere decir: una religion siempre existente, depositaria de esta fé divina para salvar á los hombres: una religion siempre existente, prometiendo primero un Redentor que habia de venir; y predicando despues al Redentor que vino ya nuestro Señor Jesucristo: una religion siempre existente anunciando primero los misterios del Redentor, y recorriendo despues cumplido que fué el tiempo, el velo que los cubrió: una religion sostenida siempre en todo el curso de los siglos desde el origen del mundo: religion Santa que vino de Dios para pasar á los hombres de claridad en claridad hasta que vuelva con ellos á Dios. Y fijando la vista en esa religion Santa que viene de Dios, por lo demas acerca de los misterios que ella enseña aunque no los com-

<sup>1</sup> Isaf. cap. 25. v. 8. Apoc. cap. 21. v. 4. —2. Ephes cap. 5. v. 23. —3. Galat. cap. 2. v. 21.

prendamos, nadie puede dudar que debemos humillarnos para creerlos: nadie puede dudar que debemos someter nuestro entendimiento á esa religion Santa para creer los misterios que enseña, aunque nuestro entendimiento no los comprenda, pues que ella viene de Dios, y es necesario humillar nuestras cabezas á Dios. Y esta humillacion no envilece á nuestro entendimiento, como neciamente se figuran los incrédulos; al contrario, lo eleva y engrandece. La fé, por medio de la cual nos enseña sus verdades la religion Santa, es una virtud del cielo, que levanta á nuestro entendimiento mas arriba de las criaturas corporeas para que reciba ilustraciones de la luz eterna.<sup>1</sup> Las verdades que enseña la religion Santa emanan del tesoro infinito de la sabiduría de Dios, y debemos saberlas para nuestra felicidad. Dios se conoce á sí mismo y por medio de las verdades que nos enseña la Religion hace que lo conozcamos cuanto puede darsenos á conocer en esta vida: y no puede haber cosa mas conforme á las necesidades de nuestra naturaleza inteligente y libre que conocer á Dios. Las necesidades de nuestra naturaleza inteligente y libre se reducen á esto **SER FELICES**, á esto aspiramos todos, porque las facultades de nuestra naturaleza inteligente y libre son para gozar; y la esperiencia enseña que no puede uno ser feliz sino en Dios, porque la fuente de la felicidad no se encuentra en uno mismo, ni en las demas criaturas, sino en Dios. Luego es necesario buscarla en Dios; luego es necesario conocer á Dios y dirigimos á Dios. Mas habiendo caido de su gracia por el pecado, no podemos dirigirnos á Dios sino por un mediador. Luego es necesario conocer á este mediador. He aquí lo que eleva y engrandece á nuestro entendimiento: he aquí la ciencia de la religion, las verdades sacadas del tesoro infinito de la sabiduría de Dios, las verdades de la fé: conocer á Dios, y al mediador entre Dios y nosotros.

<sup>1</sup> S. Aug. de Doctrina. crist. lib. 3. cap. 5.

¿Y todos pueden fijar la vista en esa religion siempre existente, y depositaria de la fé divina del Redentor para salvar á los hombres?

Todos. Todos los que quieran usar de su facultad de pensar, pues es cosa que está patente en la historia de los tiempos. Hablo de la historia del pueblo de Dios que abraza todos los tiempos desde la creacion del mundo: historia que refiriendo cosas pasadas, y prediciendo cosas futuras que fueron y son hoy puntualmente cumplidas, llega hasta nuestro Señor Jesucristo y se continúa con los libros evangélicos: de esa historia ilustre y fiel, y venerada en todos los siglos, á la cual se juntan los años que han corrido desde el establecimiento del cristianismo hasta hoy, es de la que hablo. Y no hay mas que abrir esa historia de los tiempos para ver primero: el conocimiento sobrenatural de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, y la fé en un Redentor que se esperaba, y los sacrificios que cada uno ofrecia á Dios de las víctimas que juzgaba mas á propósito, junto todo esto con los mandamientos de la Ley eterna que Dios gravó en el corazon de todos los hombres; que quiere decir: la Ley natural, ó religion Santa en su primer estado, que duró dos mil y quinientos años desde Adán hasta Moisés. No hay mas que abrir el libro del Géneſis para verlo. Y luego el mismo conocimiento sobrenatural de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, y la misma fé de un Redentor que se esperaba, y los sacrificios que se debian ofrecer á Dios ordenados ya por el mismo Dios; y los sacerdotes que debian ofrecerlos, instituidos tambien por el mismo Dios, <sup>1</sup> y los ritos del culto; junto todo esto con los mandamientos de la Ley eterna, escritos en tablas de piedra por el dedo de Dios, y dados con sus oráculos divinos á una nacion escogida; que quiere decir: la Ley escrita, ó religion Santa en su segundo estado que duró mil

<sup>1</sup> Hebr. cap. 9. vv. 1. 7.

y quinientos años desde Moisés hasta nuestro Señor Jesucristo. No hay mas que abrir el libro segundo, el tercero, el cuarto y el quinto de Moisés, y los demas libros sagrados del Antigüo Testamento hasta Malaquías y los Macabeos para verlo. Y últimamente: el mismo conocimiento sobrenatural de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra con toda la claridad divina con que nuestro Señor Jesucristo manifestó que este Dios, criador del cielo y de la tierra es Padre, Hijo y Espíritu Santo: y la misma fé en el Redentor esperado, y venido ya: y un nuevo sacerdocio, que es el sacerdocio de ese Redentor nuestro Señor Jesucristo Hijo de Dios: y un nuevo sacrificio, que es el sacrificio del cuerpo y sangre de ese mismo Redentor nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, <sup>1</sup> y la predicacion del Evangelio, y la dispensacion de sacramentos divinos, que son signos facilisimos en su ejecucion, magestuosísimos en su significacion, y purísimos en su observancia; junto <sup>2</sup> todo esto con la perfecta observancia de la Ley eterna por corazones que hace sensibles al amor divino la virtud del Espíritu Santo; todo lo cual quiere decir: la Ley de gracia ó religion Santa en su tercer estado, en el que ha existido desde los Apóstoles hace mil y ochocientos años. No hay mas que abrir los libros evangélicos, y los análes de la Iglesia para verlo.

Y en estos tres diversos estados en que Dios ha hecho existir á la religion despues de la caida de Adán, el Redentor fué y es su fin, y su consumacion y perfeccion. Siempre la fé en el Redentor. La Ley natural miró al Redentor que estaba prometido. La Ley escrita al Redentor iba como á su término. Los sacrificios que se ofrecian figuraban el del Redentor; los preceptos que se cumplian, con la gracia que Dios daba por los méritos futuros

<sup>1</sup> Math. cap. 28. vv. 19. 20. Marc. cap. 16 vv. 15. 16. Luc. cap. 24. vv. 44. 48.—<sup>2</sup> S. Aug. de Doctr. crist. lib. 3. cap. 9.

del Redentor, se cumplieran. La fé en el Redentor que habia de venir, era el fundamento de la religion en el estado que entonces tenia; así como ahora en el estado que tiene, la fé en el Redentor venido ya es asimismo su fundamento. Y Dios para sostener esta fé repitió muchas veces en aquel tiempo la promesa que desde el principio hizo; así como ahora para perpetuar y propagar esa misma fé, la Iglesia regida por el Espíritu Santo predica á nuestro Señor Jesucristo, que es el Redentor que vino ya, y ofrece el sacrificio del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo, <sup>1</sup> y ruega al Padre por nuestro Señor Jesucristo, y el Padre nada concede sino por su Hijo nuestro Señor Jesucristo.

Es cosa pues que está patente en la historia de los tiempos la existencia de la religion Santa, y todos los que quieren pueden verla; y viendola, nadie puede dudar de los misterios que enseña, aunque sean incomprendibles, porque vino de Dios, y es necesario someternos á Dios. Que vino de Dios la religion Santa es clarísimo, pues se vé que ella ha existido siempre: desde Adán hasta Moisés, desde Moisés hasta los Apóstoles, y desde los Apóstoles hasta nosotros; y así ha de existir hasta la consumacion de los siglos; y solo las cosas de Dios durarán siempre.

## CAPÍTULO XVII.

### Los Hijos de Adán.

#### CONTINUACION DE LA PROMESA DE UN REDENTOR.

Nuestros primeros Padres, despues que fueron arrojados del Paraíso, comenzaron á multiplicarse sobre la tierra. Al año tuvieron el primer hijo á quien llamaron Cain. Dos años des-

<sup>1</sup> Rom. cap. 7. v. 25. cap. 10. v. 4.

pues tuvieron otro á quien nombraron Abel. Abel fué justo y agradable á Dios; y Dios le manifestó con señales visibles que le eran aceptos sus dones y sacrificios por la fé viva, con que derramando en honor suyo la sangre de las víctimas, <sup>1</sup> le ofrecia lo mejor de su ganado. No así Cain: éste fué maligno é impío, y el primero que manchó la tierra con sangre humana. <sup>2</sup> Mató á su hermano Abel, porque las obras de Abel eran justas, y las suyas malignas, y no podia sufrir la vista de un hermano que condenaba con su santidad la malicia de su corazón. <sup>3</sup> Por este pecado enorme lo maldijo Dios, hablandole de esta manera: ¿dónde está tu hermano Abel? ¿Qué és lo que has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando á mí desde la tierra. Ahora tu serás maldito y el horror de la tierra.

Cain desde entonces anduvo prófugo, se abandonó á todo lo malo, y se hizo jefe de malvados enseñandolos á cometer toda suerte de crímenes, é impiedades. <sup>4</sup> Los hijos de Cain imitaron á su padre, fueron una raza de gente corrompida y atrajeron al fin los mas terribles efectos de la ira de Dios sobre la tierra. <sup>5</sup>

Muerto Abel, Dios puso otro linage en su lugar. El año ciento treinta y uno del mundo nació Set, que quiere decir *sustituido*, diciendo Adán: Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel á quien mató Cain. Los dias de Adán despues que tuvo á Set, fueron ochocientos años. Todo el tiempo que vivió fueron novecientos treinta; y siempre en la tristeza y amargura de la penitencia; <sup>6</sup> y Dios le perdonó su pecado y también á Eva, y ambos alcanzaron la salvacion. El número de hijos y de hijas de Adán y Eva fué grandísimo. <sup>7</sup> unos imitaron su religion y piedad como Set, y otros siguieron la impiedad y perversas costumbres de Cain.

<sup>1</sup> Hebr. cap. 11. v. 4. —<sup>2</sup> Sap. cap. 10. v. 3. —<sup>3</sup> Epist. 1 Joann. cap. 3. v. 12. —<sup>4</sup> Joseph. Hist. des. juifs. lib. 1. chap. 2. —<sup>5</sup> Genes. cap. 4. vv. 3. 16. —<sup>6</sup> Sap. cap. 10. v. 2. San. August. ep. 99. in Exod. —<sup>7</sup> Genes. cap. 5. v. 4.